

---

## A Francisco Estrada Valle

José Ramón Enríquez

**A**ños duros, turbios, enormemente dolorosos, años finales de un milenio que fue pensado para acabar de otra manera. Si alguien soñó con que, luego de Hiroshima y Nagasaki, se aboliría la guerra, estos años han venido a probar precisamente lo contrario. Si los heraldos de la ciencia creyeron en vencer la enfermedad, o al menos en paliar su dolor, estos años prueban brutalmente que el orgullo del siglo resultó un gigante con pies de barro. Si alguien pensó que el hombre dejaría de ser lobo del hombre, y que podríamos convivir todos, con nuestras diferencias y nuestras preferencias, para hacer este mundo más humano, más alegre, estos años demuestran lo contrario. Años tristes, de muertes más inútiles que nunca. Pero si, en medio de tantas sombras, hay algo que sustente la esperanza, es el hecho de que haya hombres que se estremecen ante el dolor de sus hermanos y dedican su vida a luchar junto al que sufre y contra el sufrimiento.

El lado hermoso de un mal brutal como el SIDA, es que emerjan individuos y grupos que se entregan a luchar contra él, por su prevención y en contra de la gazmoñería repugnante de jerarquías religiosas y gobiernos que se escudan en otras prioridades; individuos y grupos que se entregan a defender a las víctimas contra un entorno tan hostil como nadie nunca hubiera podido imaginar y contra el propio policía que la moral dominante ha sabido sembrar en las conciencias.

Francisco Estrada Villa fue uno de esos hombres cuya existencia ilumina este final de milenio tan macabro, porque quiso apostar por la vida, en medio de tanta muerte. Su desaparición resulta doblemente dolorosa: porque siega una existencia entregada a los demás, en una lucha de nobleza indiscutible, y porque fue asesinado, como una prueba más de la bajeza a que estos años inexplicables han sido capaces de llegar.

Quien levanta la mano contra su hermano es maldito de Dios, dice la Biblia, y qué maldición no recaerá contra quien levanta la mano contra uno que se dedica a hacer el bien a sus hermanos, en unos años como éstos en los que a nadie le importa nada lo que pase a su vecino y en que las leyes del más fuerte y del sálvase quien pueda se han enseñoreado en una impresionante mayoría de conciencias.

Años terribles en que se asesina a uno de esos pocos que permiten en algo la esperanza de todos los demás. Crudo invierno. . .

Pero la depresión sólo sirve a una ideología dominante que quiere tenernos a todos ateridos y anoréxicos, para medrar con el dolor que va sembrando. Además, la sangre de los muertos siempre ha servido para regar los troncos de los movimientos sociales y relanzarlos con mayor fuerza.

Así, tras llorar a Francisco Estrada Valle, hay que recuperar sus banderas y denunciar a sus asesinos.

Sus banderas son las de la lucha, hasta las últimas consecuencias, contra el SIDA y por la dignidad de quienes son víctimas de una enfermedad que todavía no alcanzamos a entender en sus justas proporciones sociales y psicológicas, así como también la lucha por los derechos de una comunidad homosexual que, con el SIDA como pretexto, hoy es tan despreciada y reprimida como lo ha sido en los momentos más oscuros de su historia.

Por eso, aunque las características del asesinato de Francisco Estrada Valle se salgan de los moldes más comunes, no puedo dejar de ubicarlo dentro de una larga serie de muertes que conforman uno de los mayores genocidios de la era moderna.

Pienso en aquel triángulo rosa que marcó las ropas de los homosexuales en los campos de exterminio nazis y que les valió no sólo el desprecio de las otras víctimas sino que los hizo entrar los primeros y sin excepciones a las cámaras de gas. Exterminio masivo que no ha sido reconocido por quienes ganaron la guerra y organizaron comisiones para resarcir a las familias de quienes fueron asesinados por los nazis, como si con su silencio dejaran constancia de que estaban plenamente de acuerdo con el exterminio de los homosexuales y no con el de otras minorías.

Pero el genocidio no terminó ahí, ha continuado y llega hasta nosotros ensangrentando aún más este fin de milenio. Día con día hay más homosexuales linchados y asesinados por el hecho de serlo. Pienso

en aquel padrotillo romano que, en la playa de Ostia, victimara a Pier Paolo Pasolini y no puedo sino imaginarlo como el ejecutor de una consigna en contra de quien se atreve a vivir su diferencia. Y, para reforzar esa consigna, vienen a mi memoria los encabezados de los diarios —amarillistas y no— que parecen celebrar lo que consideran lógico y normal, la desaparición física de quienes contravienen la lógica y la norma que quieren unificar a todos los seres humanos en categorías morales absolutamente insostenibles.

Al unirme desde aquí a las exigencias de esclarecimiento en el caso del asesinato de Francisco Estrada Valle que, con toda indignación, manifestamos cuantos lo admiramos, no quiero, sin embargo, restar responsabilidad a la homofobia que permea todo el tejido social y que asesina homosexuales, moral o físicamente, desde el chistecito soez hasta la justificación del crimen, desde el desprecio aparentemente inofensivo hasta la persecución laboral, sobre todo en los tiempos del SIDA, cuando los seropositivos homosexuales son condenados a los hornos crematorios de una sociedad llena de prejuicios, aun antes de que la enfermedad cumpla en ellos su fatal designio.

Ante un hecho tan brutal como es la muerte de un hombre bueno, éstas y otras reflexiones deben convertirse en homenaje a su memoria, así como la firme exigencia de castigo a sus asesinos materiales y la denuncia constante de quienes alimentan la homofobia sin darse cuenta de que es apenas un síntoma, la punta de un iceberg, de una enfermedad social que victima metódicamente a lo mejor de sí misma.